

EL FUTURO DEL PERSONALISMO: UNA MEDITACION SOBRE SU PASADO (PAISAJE CON EMMANUEL MOUNIER AL FONDO)

El personalismo comunitario ha sabido encajar, no sin dolor, los embates del pensamiento antihumanista, hoy, en el frontispicio del Poder. La impronta del movimiento «esprit» permanece vigente en el quehacer ético y político de quienes creen en la transformación de esta sociedad satisfecha e injusta.

Por Carlos Díaz

I. DEL FUTURO NO HAY CIENCIA, Y SI EMBARGO...

A) «Es imposible —decía Charles Fourier— arrancar del corazón de los humanos la pasión por conocer el porvenir». Todas las civilizaciones han futuroado mediante Profetas ("los que predicen"), quiliastas y milenaristas, oráculos (el de Belfos era ombligo —"omfalós"— cósmico), filósofos aventureros, y hasta políticos, por aquello de que "gobernar es prever". Catastrofistas y optimistas han alternado en sus veredictos, pero todos hubieran querido definir lo venidero así: «Epoca en que nuestros asuntos prosperan, nuestro amigos son leales, y la felicidad está asegurada».

Empero, «nada hay más difícil que prever, sobre todo si lo que hay que prever es el futuro», dice un proverbio chino. El futuro —especialmente el de larga duración o ciclo de Kondratieff— es por definición lo imprevisible, no hay ciencia de lo venidero; entre los resultados históricos y las planificaciones, cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia, porque la historia, obra humana, es sobre todo expresión de creatividad que desborda toda prospectiva cognitiva o imaginativa. Ejemplos de *profecías autoderrotantes* los hay por millares. En 1876 un periódico de Boston comentaba a propósito del descubrimiento del teléfono: «La gente bien informada sabe bien que es imposible transmitir la voz mediante alambres, y que, si fuera posible hacerlo, la cosa no tendría valor práctico». En 1897 otro aseguraba: «Cuando finalice la exposición de París la luz eléctrica se acabará y no se oirá hablar más de ella». Y en 1899 Charles Duell, director del registro de Patentes de

EE.UU., enfatizaba: «Se inventó cuanto cabía inventar», recomendando acto seguido clausurar ese Registro. Concluimos el paradigma de profecía autoderrrotante con aquella anotación de Luis XIV en su diario el 14 de julio de 1789: «Rien». Nada nuevo iba a ocurrir, nada nuevo podía ocurrir... ¡salvo la Revolución Francesa!

A la libertad en la historia se responde con modestia, no cabe parar la historia, la experiencia evolutiva de especie e individuo es inevitable, y las poblaciones humanas se enfrentan a condiciones cambiantes e hipercomplejas que demandan estrategias continuamente adaptativas e innovadoras. La historia no se repite, y por ende tampoco se preve. Con razón contestó Umberto Eco en 1989 a la inevitable pregunta por el año 2000 «Lo único que sé es que faltan once años».

B) Ahora bien, ciertas previsiones resultan más fáciles cuando se conocen los antecedentes remotos y próximos de un colectivo. Así por ejemplo, quien ha estudiado la historia del pueblo alemán, su tesonera marcialidad, y su opción por un nacionalismo tan definido, no podrá extrañarse de la vocación reunificadora que hoy culmina. O por poner otro ejemplo: Cuanto más poderosa es la masa tecnológica y científica de la última generación, tanto más impacta en las venideras, y tanto más la hipoteca en caso de heterotelia (es decir, de contradicción entre aspiraciones y logros). Lo que hacemos hoy compromete ya la ecología, la vida misma de todo el planeta, más allá de las nacionalidades particulares y de las soberanías y de las fronteras, aspecto del que aún no se han percatado suficientemente nacionalistas y patriotas de toda laya, crucial sin embargo para una mentalidad moderna, pues la única soberanía planetaria pertenece a la *oecología mundi*.

El futuro, desde esta perspectiva, no se preve, se prepara, y el modo de descubrir cómo será lo que ha de venir consiste en observar a nuestros hijos (y en este estricto sentido, como recuerda Amando de Miguel, objetivamente un español que naciera hoy —1990— se hallaría ante el final del franquismo más lejos que del siglo XXI, lo contrario que sus padres). Nunca, en todo caso, pesó tanto el presente en el futuro, y nunca se estuvo más en condiciones de predecir o de evitar la catástrofe. Por lo cual cabe decir que de algún modo el futuro está a la mano, y que jugar con el presente es jugarse el futuro. *El futuro, pues, no se predice, pero se pronostica; y por lo mismo el futuro aun no ha llegado pero ya le anticipamos.* De alguna forma nuestro futuro presente (que a unos les parece futuro perfecto incluso futuro pluscuamperfecto, por ejemplo a los ilustrados impenitentes, a los progresistas químicamente puros) es un futuro compuesto: compuesto de pasado y de futuro vividos desde el presente.

C) Como tal futuro compuesto que es, no resulta fácil en modo alguno aventurarse sobre su inmediato devenir. Basten algunos pronósticos incompatibles entre sí como prueba:

a) Pian pianito estamos llegando —dice el optimista— al horizonte utópico de las computadoras. En *Computopia* (Cfr. «Problemas en torno a un cambio de civilización». El Laberinto, Barcelona, 1988, pp. 111 y ss.), la sociedad postindustrial computarizada, bajo el predominio de Megamáquina y

Megatécnica —ambas bajo el signo del microchip—, ya no servirán los ordenadores solamente para control del Estado sobre los ciudadanos o para usos militaristas, sino también y sobre todo para potenciar valores de información y bienestar de la sociedad civil autorrealizada, no tanto del Producto Nacional Bruto (PNB) sino del Bienestar nacional Bruto (BNB) mediante la comunización de comunidades sinérgicas interdependientes compuestas por naturalistas, ecologistas, no-fumadores, conservadores de energía, voluntarios para el apoyo mutuo, buscadores de sentido religioso o parareligioso, etc.

Esto conllevaría el triunfo de la *revolución educativa*. Ciento cincuenta años de ciencia habrían así finalmente resultado más explosivos que cinco mil años de cultura precientífica, de forma que a pesar del pesimismo cotidiano de los educadores de a pie, a la larga su trabajo se hizo efectivo visto con la mirada *in the long run* con que ha de contemplarse cualquier evolución de las especies: El primer recurso, el humano, habría triunfado, y precisamente gracias a la escuela. Saber es, más que nunca, poder. Esta versión recuerda, en todo caso, la ya emitida por Marcuse y el movimiento contestatario juvenil en torno a Mayo del 68. Es la cigarra triunfando sobre la hormiga.

b) Nada más falso, diría el crítico. Nos encaminamos hacia una sociedad donde una cuarta parte Norte acabará con las tres cuartas partes Sur, después de un largo expolio. La salida de la crisis es siempre la crisis, y siempre para que pagen sus costes los mismos. Hoy, pues, es un imperativo ético procurar que se apliquen a las grandes masas los conocimientos ya disponibles para beneficio de muy pocos hasta ese momento. No sólo una utilización técnica, sino también ecotécnica, sabia y sapiencial con perspectiva ética. A cada incremento de conocimiento le ha de seguir un incremento ético, de forma que podamos decir: «Apenas hacemos algo que no sea delicado».

Ahora bien, ¿cómo hacer para que tal cosa se convierta en realidad cotidiana hoy? Para unos, mediante una conversión laica de la inteligencia reajustada sobre sus hombros ilustrados; para otros como Roger Garaudy, «la lección más grande de este final del segundo milenio es que ninguna ciencia ni ninguna política pueden permitirnos escapar a la muerte si hacen abstracción de la dimensión trascendente del hombre, si hacen abstracción de Dios. Porque el hombre no es humano más que habitado por Dios».

Sea como fuere, y al día de hoy, Ignacio Ellacuría afirmó que la oferta de humanización que hacen los países desarrollados a los países pobres «no es universalizable y, consiguientemente, no es humana, ni siquiera para quienes la ofrecen, pues no pueden hacer que se realice aquel imperativo categórico de Kant que decía: Obra de tal manera que tu norma de conducta valga para la entera humanidad (KPV, A 54). No es universalizable ni siquiera materialmente, por cuanto no hay recursos materiales en la tierra para que todos los países tuvieran el mismo nivel de producción y de consumo que tienen hoy los pocos países desarrollados, cuya población no alcanza el 25% de la población mundial. Pero sobre todo no es deseable esa universalización de un estilo de vida que no humaniza, plenifica, ni hace feliz y que, además, se aleja cada vez más del ideal cristiano» (Ellacuría, I: Congreso Mundial de Teología, Madrid, Septiembre de 1988).

c) Sea como fuere, lo cierto es que «la movilización tecnológica se opera de forma distinta según el tipo de sociedad: centralizada, estatista, y con vocación comercial en el caso del Japón; descentralizada, empresarial y con designio de supremacía militar en EE.UU.; descoordinada, defensiva y cargada de ideología de decadencia en Europa; oportunista, dependiente y agresiva en los nuevos países industrializados». (Castell, M: Nuevas tecnologías. Alianza Ed., Madrid, 1988).

Vivimos por doquier bajo el signo de la competitividad y bajo la afirmación desenfundada del ego, a pesar de que los filósofos en las nubes hablen del «ego débil». Todo el mundo quiere el triunfo como sea: «Después de su ponencia, embriagados por su elocuencia, los oradores europeos suelen ir directamente al bar o al restaurante, junto a una buena botella de vino, mientras que los japoneses, todos muy frustrados por no haber podido expresar su punto de vista en francés o en inglés, van directamente a su lugar de trabajo para fabricar un coche aún mejor. Nosotros tenemos una frustración: podemos construir *hardware* pero nuestra capacidad de expresarnos o bien de ser efectivos en el *software* es muy limitada» (Hisanori Isomura y Edgard Morin: Debate Japón-Europa: Identidad cultural y nuevas tecnologías. In «Problemas en torno a un cambio de civilización». Ed. El Laberinto, Barcelona, 1988, p. 268). La rivalidad manda: «British Invent», los británicos inventan, los alemanes perfeccionan, los japoneses se encargan de la explotación, y los franceses *resent*, se ofenden, dice el japonés, que por su parte exhibe orgulloso su condición de «original imitator».

Ni quitamos ni ponemos, pero desde luego los beneficios cada cual se los lleva para casa, en lugar de comunizarlos; logros apreciables degeneran así en egoísmos de grupo. Un ejemplo, el del Japón ecológico: «No es un secreto para nadie que el Japón, desde el punto de vista de la polución, es el menos polucionado de entre los grandes países del mundo. Hace sólo diez años era el país más sucio desde el punto de vista de la población. En los manuales escolares franceses algunos japoneses llevan máscaras sanitaria, y a pie de foto se puede leer que la polución del aire es tan grande que los alumnos se ven obligados a llevar tales defensas. Se trata justamente de lo contrario. Los japoneses, dado su sentimiento recíproco de solidaridad, no quieren contaminar el aire, por eso los portadores de virus usan máscaras» (Ibi, p. 286). Ahí lo tienen: Los unos critican lo que los otros logran sólo para sí, mientras destrazan la común capa de ozono que es de todos, forma de incultura planetaria similar a la de esos vecinos que barren su parcela y echan las basuras a los colindantes.

2. DEL PASADO HAY MEMORIA, Y SIN EMBARGO...

Si tal es nuestro abierto futuro, tampoco el pasado de Mounier ha quedado cerrado con su muerte, toda vez que hemos de releerle y de reinterpretarle, por eso mismo abierto y actualizable hermeneúticamente con una memoria que es presencia ausente pero también presencia presente y potencia de futuración presencial venidera.

Mounier murió en 1950 menos de medio siglo después de haber nacido.

Quisiera ofrecer muy brevemente algunos hechos no siempre suficientemente resaltados por sus biógrafos relativos a su obra, y en esa medida a la nuestra —incluso a la de quienes la ignoran o desconsideran.

A) El escenario geopolítico

En primer lugar, la Europa de Mounier se convulsionó entre dos Guerras mundiales, la primera en 1914 y la segunda en 1939, y en ambos casos Francia se encontró sumergida de lleno en tales contiendas. Dos auténticos terremotos y maremotos en un solar común con sacudidas impresionantes que dejaron traumatizado y al borde del K. O. al mundo entero. En 1929 con la caída de la Bolsa de Nueva York el pánico se hizo planetario. Entre tanto, y por si fuera poco, como adosada a la Primera Guerra, llega la Revolución comunista de Octubre de 1917, y, como preludio de la Segunda Guerra, estalla la Guerra «Civil» española que concluye precisamente en 1939. Mientras tanto, en 1933 había triunfado Hitler y en 1948 se crea como respuesta el Estado de Israel, junto a ello la primera guerra árabe-israelí, y el asesinato de Ghandi. Entre tanta turbulencia y tanta conculcación, cual paréntesis entre tinieblas, se aprueba por la Asamblea General de la ONU la Declaración Universal de los Derechos del hombre. En 1948, en fin, triunfa la Revolución Comunista en China, y en 1950 se inicia la Guerra de Corea. *¿Hay quien dé más guerras en menos tiempo?*

La respuesta geopolítica de Mounier es clara, y se articula entre 1932 y 1950, franja de menos de veinte años desde la fundación de Esprit hasta la muerte de Mounier mismo donde siempre:

- a) Renovó su compromiso total con los pobres.
- b) Dialogó propositiva y denunciativamente con el por entonces agente histórico liberador de los de los pobres, el comunismo (en otra ocasión, la de nuestra guerra española, Mounier, que tenía alma libertaria, miró hacia los clásicos del anarquismo presentes entre nosotros).
- c) Apeló al despertar de los cristianos para que dieran grandeza a la causa de los pobres.
- d) Creyó siempre en el hombre más allá de sus ideologías y limitaciones, y en su capacidad de conversión.
- e) Trabajó ecuménicamente. «Esprit» no fue una revista local o un mensajero metropolitano privilegiado, sino que tuvo presencia militante en toda Europa. Detengámonos aquí.

— En aquel mapa político, un número especial de Esprit aparece bajo el título «**Los alemanes hablan de Alemania**». Por primera vez los franceses oían hablar de la boca misma de los alemanes de experiencias de desnacificación, de democratización, de los problemas de los refugiados, de la miseria de los jóvenes, de la culpabilidad colectiva. Tanta difusión tuvo el número, que se tradujo al alemán. Mounier esperaba ayudar al propio pueblo vencido a autorreconocerse y reencontrarse, a la vez que apostaba por un nuevo futuro

germánico: «Por su posición central en Centroeuropa — escribía Mounier — Alemania se convierte en frontera del inmenso empuje entre las ambiciones del Imperio capitalista del Oeste y las de la Europa soviética del Este».

Su viaje a Berlín y a la zona francesa de ocupación durante el invierno de 1946-1947 le incitará a volver a este país varias veces después, creándose por iniciativa suya desde el otoño de 1948 el Comité Francés de intercambio con la nueva Alemania, del que fue Presidente, con un Boletín como órgano de expresión, «Allemagne», siguiendo dicho Comité hasta el 1967 con la colaboración de Vercors, Sartre, etc...

— Por lo que hace a Suiza, Mounier la visitó muchas veces desde 1933 en adelante. Desde Denis de Rougemont hasta Albert Béguin, ulterior director de «Esprit», los grupos suizos acabaron formando un *Journal Interieur des Amis d'Esprit*, y en 1937 «Esprit» estudió monográficamente el problema central suizo bajo el título: «El problema suizo: Persona y Federalismo», que tanta falta nos hubiera hecho conocer y traducir también a los españoles durante estos años de la transición, es decir, de centralismos, autonomías, y europeísmos. Todos estos temas están allí tratados desde óptica personalista. En 1945 aparecieron asimismo los «*Cahiers suisses Esprit*», y desde entonces la presencia del personalismo en Suiza es bien conocida.

— Que «Esprit» se ocupaba de países no sólo limítrofes sino periféricos, lo sabemos por experiencia propia en España (o incluso en África, continente al que dedicó su magnífica obra «El despertar del África negra»). En efecto, «Esprit» optó desde el primer momento por la República y contra el General Franco, criticó duramente la identificación del cristianismo con la causa del capitalismo, y ello hasta el extremo de que en alguna forma hizo entrar a Maritain en la arena de la política concreta para manifestarse contra el Régimen vencedor. Todo ello es cosa bien sabida (el franquismo victorioso también lo sabía), aunque quizá falte aún el historiador concreto que trabaje este aspecto en alguna obra seria documentalmente.

Respecto de España, en fin, Mounier estaba muy cerca emocionalmente: Todo le hablaba de mística (sabido es que proyectó hacer su Tesis Doctoral sobre la mística hispana), se extasiaba en Toledo o en Avila ante el hombre de pueblo sencillo, y sentía que el personalismo agnóstico culminar lo representaba el anarquismo.

Por qué los españoles han respondido tan escépticamente respecto de Mounier es cosa que quizá los españoles podrán explicar, y sería muy interesante para nuestra autoconciencia reconocitiva. (Los italianos, que vieron a «Esprit» interesarse contra la Italia fascista, han retomado mejor que ningún otro país la memoria viva de Mounier en publicaciones, centros, organizaciones, etc.).

— Harina de otro costal era Inglaterra. No por casualidad el pragmatismo positivista inglés resultaba demasiado incompatible con la tradición personalista y comunitaria, de modo que aquellos pocos ingleses del «*Personalist Group*» londinense que defendían el personalismo lo hacían profesoralmente, a costa del necesario corporalismo, y recalaban por exceso pendular

en un personalismo místico espiritualista, y sin historia, o se reclamaban de Buber o de Berdiaeff leídos en clave muy peculiar.

Pese a todo Mounier estuvo presente en ámbitos universitarios británicos. En 1948 por ejemplo sostuvo un cara a cara en la BBC nada menos que con el profesor A. J. Ayer, el célebre filósofo analítico, diálogo que sería muy interesante publicar entre nosotros para ver cómo ya entonces (en plena soledad) Mounier criticaba lo que más tarde la propia filosofía analítica tuvo que reconocer: Que la filosofía es logomaquia si se hace fuera de la ciudad, y que además la filosofía sin ciudad lejos de ser más pura es más impura.

— Por no hacer muy largo este recuento, añadamos que Mounier estuvo presente en los Países Bajos, donde la revista «*De Gemeenschap*», «La Comunidad», era prácticamente una segunda edición de «Esprit», y donde el gobierno inmediatamente posterior a la guerra fue conocido en Holanda como el gobierno «socialista personalista».

Esta presencia sociopolítica adquiere en Polonia especial relieve. En 1946 visitó Mounier Varsovia y Cracovia, y la revista mensual «*Znak*» («El Signo») recogía la opinión de «Esprit». Otras revistas como «*Wież*» («El vínculo») hacían lo propio desde su primer número, en este último caso bajo la dirección del que sería luego primer ministro, Tadeusz Mazowiecki, que ha expresado en estudios como «¿Por qué el personalismo?» sus convicciones más profundas. El sindicato Solidarnosc, el papa Karol Wojtyla y tantos otros líderes e intelectuales polacos han afirmado su convicción personalista incluso en un momento histórico en que las palabras «sindicalismo» y «causa obrera» no casaban con «Iglesia» y «vanguardia en las transformaciones históricas». En todo caso, cualquiera que sea la valoración que nos merezca lo ocurrido en el Este europeo, sin Polonia no se entendería bien, la cual no se entendería a su vez del todo sin «Esprit».

En Brasil (léase entre Helder Cámara o Paulo Freire por ejemplo), en Latinoamérica (léase en Ernesto Sabato, por no hablar de la influencia personalista más moderada procedente de Maritain) y en otras partes del mundo «Esprit» ha estado presente con una línea bien definida, la del «estaban en lo mismo y lo tenían todo en común», leída en clave de «libertad, igualdad, fraternidad», o de «Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan».

B) El escenario intelectual

Si tales eran los problemas, evidentemente había que:

- Darles un tratamiento de choque, de urgencia.
- Con las herramientas de que se disponía, no con otras.

El tratamiento de choque de la época lo daban Marx, Freud, y Nietzsche. No se puede decir que ninguno de los tres fuera desconocido por Mounier, que no estuviera al día. Mírese a derecha y a izquierda, y véase cómo no había otras terapias de choque en la primera mitad del siglo XX en Europa.

Existían otros movimientos, unos los conoció mejor Mounier y otros peor. Mounier era un gran animador cultural, un buen pensador, pero no un catedrático de filosofía, ni un filósofo sistemático. Así que la otra gran corriente académica de la época como la fenomenología de Husserl la conoció a través de Sartre, de Merleau-Ponty, o de Heidegger, con los cuales estaba extraordinariamente familiarizado. Lo mismo debe decirse respecto del bergsonismo o de la filosofía escolástica tomista, que eran los restantes referentes culturales de la época. Por lo demás, Platón, Aristóteles, San Agustín, Descartes, Leibniz, Kant, Kierkegaard, Pascal, Jaspers, Scheler, Blondel, Buber, Berdiaeff, Marcel, Maritain, Camus, entre los filósofos; Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Tolstói, Lenin entre los filósofos políticos; Péguy, Bernanos, Gide, Mauriac, Malraux, Claudel, Unamuno, Ortega, van der Meer, entre los escritores; Bultmann, Barth, Newman, de Lubac, Congar, patólogos y padres de la Iglesia, santos y místicos como San Juan de la Cruz o Santa Teresa, todos ellos y otros muchos hicieron de Mounier un ser irrepetiblemente rico para una edad tan temprana.

¿Qué le faltó conocer? La filosofía analítica inglesa, de Russell a Wittgenstein, únicamente. Quizá la sociología de Weber, a la sazón eclipsada por el marxismo. Pero lo otro, lo que era el pensamiento de la Escuela de Frankfurt estaba comenzando a ser, tan sólo. Otro tanto puede decirse de Gadamer.

¿Dónde estaban los demás personalistas que hoy consideramos más vivos en Europa. Ricoeur y Lévinas? Ricoeur, que nació en 1913, colabora íntimamente con Mounier, pero hay que tener en cuenta que hasta 1950 (en que muere Mounier) no publica su primera gran obra. «Lo voluntario y lo involuntario». Lévinas nace en 1906, un año después que Mounier, y se dedica por la época a la fenomenología (Mounier le cita al respecto), de modo que sólo en 1947 se abre a su ulterior creatividad con «De la existencia al existente» y «El tiempo y el otro». Esto significa que tanto Lévinas como Ricoeur comienzan a ser «personalistas» en sentido estricto cuando Mounier muere.

¿Qué quiso Mounier con tantas lecturas? Responder mejor a las necesidades del hombre y de la historia.

En primer lugar, leyendo la ciencia en clave humanista (Einstein, y, sobre todo, la física cuántica, con el principio de indeterminabilidad) para conjugar ciencia y libertad, fuera de cualquier reduccionismo fisicalista o determinismo materialista.

En segundo lugar, enrumbar el barco a la deriva que el «magisterio de la sospecha» (Marx, Freud, Nietzsche) había arrojado a la mar, poniendo al hombre como timonel y restaurando la línea de flotación sin olvidar servirse de las herramientas críticas de todos, incluidos las de los críticos excesivos.

En tercer lugar, dignificar el valor del hombre, sin olvidar su fragilidad, no entregarle al «me gustaria», sino ponerle en el centro del «yo quiero» articulado conforme a una escala de valores presidida por el rostro del otro.

Por último, abrir al hombre a lo Eterno, desde la perspectiva de la religión liberadora.

El tiempo ha mostrado que: Respecto a lo primero, la ciencia y el hombre se han vuelto compatibles; en cuanto a lo segundo, el magisterio de la sospecha y de la desconfianza comienza a ceder su imperio a una necesaria filosofía del hombre valioso individualmente que desea ser feliz; en cuanto a lo tercero, se trata de una tarea tan inédita como necesaria que el actual Occidente sin embargo no desea asumir porque su pensamiento es «débil», y nula su voluntad solidaria, anulada por el dinero y el confort. Este tercer punto constituye por ende nuestra filosofía pendiente: La de un «yo quiero» asertivo cuya máxima revolución se produzca desde el rostro del otro y apunte hacia un «nosotros místico» o comunitario. Por último, hoy es moneda de circulación corriente el reconocimiento de la necesidad de lo religioso, lo que hace muy poco tiempo ningún ilustrado hubiera osado afirmar. Como botón de muestra, el 19 de junio de 1990 bajo el título «Pensar la religión» escribía Eugenio Trias: «Pienso, pues, que en el futuro una de las grandes tareas que aguardan a la filosofía consiste en abrirse al fenómeno religioso». Algo es algo: Pero el paso real no sólo consistiría en un futuro pensar la religión, sino en un vivirla. Cuando esto se dé, Mounier se habrá hecho totalmente presente, o, si se prefiere, totalmente invisible, por absolutamente cercano a nosotros y realizado desde nosotros.

¿No acontece, pues, acaso, así las cosas, que el pasado de Mounier resulta un constituyente esencial de nuestro empeño presente? Sólo los cadáveres de la historia reactiva o reaccionaria razonarán todavía —ya les oímos— con el siguiente argumento necrológico: «Mounier quería el comunismo, el comunismo no existe, luego Mounier es cadáver». Olvidan, ay, que Mounier no quiso el comunismo sino la liberación de los pobres, entonces representados al menos parcialmente por el comunismo, que el propio Mounier criticó además a fondo. Olvidan también que el comunismo no ha muerto ni desgraciadamente morirá mientras quede injusticia flagrante sobre la tierra, aunque el comunismo se realice bajo formas hoy impensables e incluso antimarxistas. Olvidan finalmente que lo que importa no es el cadáver de Mounier, sino la resurrección en él de lo humano a partir de todo lo que haya amado intensamente. Eso quiere el personalista, y mientras tanto deja sin aspavientos a los muertos que entierren a sus muertos.

Si el precio de todo eso es que hay que estar solos una temporada más, el personalismo sabrá estarlo. Pero no se reconocerá en Javier de Paz, que tras abandonar por imperativos de edad (30 años) la presidencia de las Juventudes del PSOE responde así:

— «Juventudes Socialistas ha abandonado la cultura del radicalismo por la revolución del Boletín Oficial del Estado». Y para rotundizar tamaña gesta, concluye: «En 1986, en un acto de las Juventudes Socialistas, presenté al Secretario General del Partido (Felipe González) diciendo que presidía el Gobierno más joven de Europa. El me contestó: "No os engaños, no hay ningún gobierno que sea joven"» («El Independiente», 30, 4, 1990). No hace falta que, a la vista está, se nos insista sobre ello.

3. Del presente sólo nosotros podemos ya dar razón viva

Resumamos y concluyamos, porque quien hace adecuado balance de su

pasado y se sitúa buenamente ante el futuro sólo tiene tiempo para actualizar su presente.

Decíamos que nuestra tarea está en *repensar y reconstruir el escenario geopolítico de nuestros días*, en cuyo Occidente no existe comunismo, ni crisis económica en su punta de iceberg, donde todo el mundo se instala en el conservadurismo y censura afirmaciones urgentes, sobre todo si interpelan proféticamente desde el rostro del Sur, que por su parte sufre más que nunca en la historia de la humanidad. Es el Gran Teatro de Nuestro Mundo.

También tenemos que *repensar y reconstruir el escenario intelectual*, donde no dan lugar grandes proyectos ni ideales exigentes, de suerte que cada mochuelo se recluye en su olivo, a ser posible bien amueblado; Entre Epicuro y la cara descendente de Nietzsche gira esta tómbola, y los más ambiciosos procuran allí hacer su agusto-caiga quien caiga.

¿Mejor o peor panorama que el de los años 30 a 50 de nuestro siglo? A esta pregunta sólo se responde a la gallega con otra pregunta: ¿Es hoy mejor, o peor mi afirmación vital respecto del valor del hombre? Sin una renovada confianza en el ser humano y en su capacidad de recuperación, cualquier solución quedará superada mañana mismo por otra peor. Pero ¿de dónde extraigo la confianza necesaria para rehacer y renovar la confianza? Sin una respuesta adecuada a esta pregunta, cualquier solución será de onda corta.

Y por eso la solución a muchos les resultará decepcionante, pero siempre fue la misma y no hay otra, lo que la convierte en perenne: Para hacer las cosas bien hay que tratar de convertirse al Bien; tratar de convertirse al Bien exige por su parte intentar asimismo adecuar una buena técnica espiritual a los mejores medios de acción sociopolítica. Ambos deseos se recogen finalmente en uno: En no querer para el otro lo que no se quiere para sí, y en amar al otro como a sí propio. Mounier añadió, como respondiente y responsable cristiano: Y al Bien por encima de todos los bienes, y al Ser desde todos los seres.

La realización perfecta de todo esto constituirá la inédita revolución personalista y comunitaria, de cuyo futuro, como de la muerte, no sabemos aún ni el día ni la hora. Lo que debemos hacer mientras tanto es seguir trabajando, prudentes y sobrios, confiados y alerta. Felices aquellos que lo logren, o, mejor, aquellos que estén dispuestos a que se logre en ellos esta maravilla. No es nada fácil, pero ¿acaso tendremos que concluir que resulta de todo punto imposible, y entonces tirar la toalla, y entonces...?

Carlos Díaz.

Profesor Titular de la Universidad Complutense.

Escritor y Miembro del Consejo de Redacción de Acontecimiento.